

JOAQUIN EDWARDS BELLO

---

LA

CUNA DE ESMERALDO

Observaciones y orientaciones americanas

PRELUDIO DE UNA NOVELA CHILENA

---

PARIS

LIBRAIRIE P. ROSIER

26, RUE DE RICHELIEU, 26

1918

Nuestra literatura debe ser así, eminentemente criolla, con el naturalismo sano de una raza joven creciendo ante las más risueñas espectativas.

Maluenda, Diaz Garcés, Blanco Fombona, Latorre Court, Ambrogi, Palma, Ugarte, Urbaneja, todos estos caballeros están enterados.

¡ Salud, apóstoles de la literatura verdadera!

Nosotros tenemos potentes escultores criollos. Un Caupolicán de cabellera alámbrica y textura indígena contempla con la agresividad histórica el valle santiaguino desde las rocas del Santa Lucía. Es de Nicanor Plaza, chileno.

El *Penseur* de Rodin en Buenos Aires no piensa ni ná. Es una estafa. ¿ Cómo va á pensar en esa flamante y bulliciosa plaza del Congreso? ¿ Qué hace pues? — Está haciendo la digestión. ¿ Porqué uno de nuestros escultores no hizo una

En América el mediterráneo se unió al elemento autóctono, el indio, principal componente de la raza actual; en el Brasil y demás países de clima tropical intervino el elemento africano por el comercio de esclavos. Pero como muchos países de nuestra América, la gran mayoría, no tienen africanos, y el indio, común á todos, tiende á prevalecer por su enorme poder de resistencia y absorción, optaremos por el nombre indo-mediterráneos. Indo á la cabeza indicará la predominancia creciente del vigoroso linaje indígena que nos da el *sello nuevo*, el aspecto físico y moral sin precedentes en el planeta. Ya el hablar exuberante y aparatoso de Iberia se ha desmayado en nosotros. Es un Tucapel sordo, sin revancha, que se peleó en el espíritu. Somos indo-mediterráneos.

estatua robusta de Anchorena ó Bullrich, ó un símbolo del trabajo agrícola?

La América indo-mediterránea tiene muchas de las gracias y seducciones de Francia; la amable galantería, la elegancia y la exquisitez de esa tierra vibran en su alma caballeresca.

Escribimos al son de una Marsellesa desde Lastarria, Bilbao y Sarmiento. Bello, reformador, simplificador, es la lengua en revolución.

En toda la tierra los poetas brotan sincrónicamente revolucionarios y libertadores. Chocano, grandilocuente y vibrante, vuelve sus ojos llenos de ternura á nuestra naturaleza y á nuestros aborígenes: es el poeta propio sin precedentes. Darío, con la más completa erudición artística, prescinde olímpicamente de las tradiciones y revela esta savia americana transformadora enriqueciendo la lengua y abriendo á los poetas del habla hispánica la avenida encantadora de la mitología y de los países azules. Rodó es la fuerza serena: justo, severo y observador como Taine, irguiéndose en el granito de la filosofía científica, nos enseña en el español nuevo á ser por nosotros mismos. Solo nuestra América ha sabido producir *croniqueurs* con arte *bulevardier*, galantes y cultos como Carrillo; espíritus místicos y serenos de enorme erudición como Nervo; ó aventureros de simpatía desbordante,

con la pintoresca cultura de las correrías internacionales, como Sassone.

Los escritores americanos acercaron España á Francia. Nuestra América es francesa en la inspiración porque su alma germinó en el rojo vientre de la revolución francesa. Bolívar es un rayo de esa revolución. Él vió pasar la carroña de Fernando VII en Madrid y el formidable carro de victoria de Bonaparte en Milán. Todos los actos de su vida agitada y enérgica seducen y deslumbran; sus arengas electrizan; sus gestos quedaron grabados en la mente de sus contemporáneos porque tenían seducción francesa; sus refinamientos de última hora y sus elegancias revolucionarias de primer *rastaquouere*, como Murat, son francesas también. Y aquí debemos hacer un paréntesis para decir que el rastacuerismo, tan censurado, es netamente francés: fué el fruto de la lección de *maintien* y elegancia que daban las *cocottes* al gaucho ó al minero recién llegados; nació de la reacción del *sans culotte* enriquecido en la ciudad del arte y de la gracia donde vibraban, á pesar de todo, los recuerdos de las cortes magnificentes. — *Soyez un peu rasta... Ça me plaît!* — nos decían las triunfadoras de la *Rue de la Paix*. Para poder exhibirse en los restoranes y casinos con las « grandes » mujeres de Paris había que

empezar por ser rasta. El señor *rastaquouere*, figura *d'avant la guerre*, (*comme c'est loin!*) era un buenmozo, un poquito *maquillé*, vestido por las Magdalenas de *chez Maxims* y el *Pré Catalan*. El que hayamos vivido así podrá indignar á cualquier cenobita, pero á mí me consta que ese pasado fué sumamente agradable; tuvimos nuestra parte en la Fiesta parisién, y además : ¡ Es preciso que vivan las horizontales!

Pero por lo que somos verdaderamente á la manera francesa es por el florilegio de frases breves y luminosas de que está tachonada toda nuestra historia.

Maupassant, dejándose arrastrar blandamente en la superficie temblorosa del Mediterráneo por su *yatch Bel Ami* consideraba con encanto ese compendio de la historia de su patria constituido por el jardín elocuente de frases estupendas, desde *La poule au pot*, agradable promesa de Enrique IV, hasta *Se soumettre ou se démettre*, pasando por *Il n'y a plus de Pyrénées*, ó *Après moi le déluge!* y las brillantes arengas napoleónicas.

« Yo no estoy en un lecho de rosas » fué el manso reproche de la América sufrida y estoica en su cuna de dolor. « No quiero el titulo de madre del hijo infame del infame padre! » fué el grito esquiliano de Fresia en la tragedia indígena del sur.

Bolívar tiene de Bónaparte las proclamaciones inflamadas y los electrizantes llamados á la carga.

« De esas cuatro tablas dependen los destinos de América » dijo un general chileno, señalando la primera escuadra libertadora desde el escarpado y rojo anfiteatro de Valparaiso.

« América para la humanidad » dijo un suramericano, reemplazando definitivamente con esta declaración sublime, la astuta y ambigua de Monroe.

Cuando parecía inevitable la guerra entre el Brasil y la Argentina por las majaderías del nefasto Zeballos, un brasilero pronunció : « Todo nos une y nada nos separa ».

Y, por fin, aquí va la frase que pudo pronunciarse al borde del Pozo de Jacob : Es de Mitre al terminarse la guerra del Paraguay : « La victoria no da derechos ». Mitre, que no ganó ninguna batalla con las armas, es más glorioso por esa sola frase que cien conquistadores.

Nosotros debemos mantenernos americanos en ese sentido : como hijos de la gran revolución. América debe conservar el espíritu sano del mundo manteniéndose pura en su rol de gran *reservoir* de la humanidad ; debe ser como Francia, una mezcla de gracia helena y de moral laica descansando en el cimiento incommovible de los

El escritor altruista debe ser enemigo de las frases cinceladas, los alardes de sabiduría y las complicadas arquitecturas de la retórica, que convierten la literatura en una aristocracia, *d'accès difficile*, un privilegio social. Estamos en el siglo del libro democrático, al alcance de todos; franco, claro, agradable y alimenticio, como un plato de judías y un vaso de leche servidos al son de pianola. El libro Cenicienta, que esconda los piececitos en el cocedero, mientras los demás alarguen la pata para probarse la chinela que pasan ceremoniosamente los hierofantes.

La crítica extranjera y la de casa, extranjerizada, no hacen sino destemplanar á nuestros escritores fuertes en los cuales palpita el gérmen del libro autóctono puro. En el extranjero no están enterados de las cosas americanas; no conocen nuestras costumbres, ni nuestro temperamento. Yo sé de libros de gran trascendencia para América que la crítica pedante del extranjero no ha tomado en cuenta. ¿Porqué? Porque ignoran nuestros problemas. Mejor sentido tendría para comprender el fondo de la literatura americana, un hostelero español de Montevideo, ó un almancenero italiano de Valparaiso, que cualquier académico enemigo del mar. Los que creen conocer á América porque mantienen relaciones espi-

## LA FALTA DE ENERGÍA

### LO QUE PASA EN MI TIERRA

Poor paltry slaves yet borned mid'st noblest scenes  
Why nature waste thy wonders on such men!

CHILD HAROLD

¡Energía! Esta es la palabra que debemos grabar en lo más hondo de nuestro ser todos los indo-mediterráneos. ¡Energía! Concentrarnos como una mano empuñada; vencernos á nosotros mismos; hacer una cazuela con la gallina de la indolencia. Esa será la nueva escuela.

Lo primero que salta á la vista del extranjero en nuestra América es la falta de energía. Los actos de la vida de un indo-mediterráneo puede decirse que están inspirados en un proyecto fabuloso para hacerse rico de golpe, sin esfuerzo, con el fin de disfrutar y asombrar. Nos decimos cristianos, pero nuestro Dios es una trinidad materialista : Napoleon, el conde de Montecristo y Rocambole. En la sociedad encontraremos casi siempre imitaciones deplorables de esos tres per-

das con sus precios, y hasta las sábanas, retratos y trastos íntimos. El nombre de la familia que remata aparece en grandes letras como encabezamiento del aviso. Generalmente cada familia que va á Europa lo vende todo para regresar con otro menaje de casa que compra tomando en cuenta el día inevitable del otro remate. Por esto ser diplomático suele considerarse como un gran negocio en América. Estas costumbres revelan además ausencia de espíritu de familia, escasez de dignidad y de amor al terruño.

Vender, vender siempre, y comprar con el objeto de revender. Los indo-mediterráneos compran y venden por temperamento. Aquél que posee tierras ó minas no las trabaja, muchas veces ni las conoce : se va á la capital á buscar el negociado, la influencia corruptora, el modo de engañar al fisco ó de vender al Sindicato yanki. Son legión los que diariamente hacen la ronda de los ministerios, espaldeados por tinterillos y políticos fracasados, para ver modo de meter un clavo al fisco con sus bienes abandonados que piden manos enérgicas para fructificar. Cuando se trata de buenos minerales nuestra mirada se dirige hacia el yanki que ya conoce y desprecia nuestras debilidades. La sirena del Norte nos canta la canción turbadora del dollar; el Sindicato yanki avanza hacia nosotros como

más que para darle facilidades en el viaje de ida, « con la condición de que renunciase á su puesto al llegar á Europa ». Puede decirse que casi todos los fijodalgos santiaguinos viajan con título de *attaché*. No es una exageración. Casi todos los joyeros judíos de nuestra América conocen un medio magnífico para pasar alhajas de contrabando!... El niño en cuanto abre los ojos á la vida respira la corrupción á plenos pulmones; penetra en los garitos y cantinas, antesalas burdelescas del fisco y de la bolsa, donde todo le habla de audacias, cinismos é injusticias : su conciencia se sume en el ambiente atramentoso que lo inclina á hacer como los otros, á imitar á los « peines... » Deja la carrera, abandona el oficio, deserta la fábrica y se transforma en el *me-teque* típico cuya sinvergüenzura tenemos que soportar en todas partes. Así se forman los centenares de aventureros nómades, audaces, especuladores, intermediarios de un comercio falso, impulsados por el afán de lucro, el amor propio, y más que todo por la carosis judicial.

Al llegar á cualquiera de nuestras ciudades el extranjero avizor se pregunta : ¿ Qué hace toda esta muchachada flamante y sin preocupaciones? Es muy sencillo : son revendedores, comisionistas, carreristas, empleados en el Hipódromo, jugadores de bolsa ó simplemente hijos de fami-

Arreglo  
Monte (o Gongdo)  
del que vivían  
los estos que us  
son diplomá  
ta con 2

tidos y parecen entenderse á maravilla la persona que no conoce á fondo la sociedad santiaguina tiene que confundirlos. La mayoría estudian para abogado y son aficionados á la literatura, otros son corredores, agricultores, oficinistas, ó simplemente ociosos. Para *los que tienen apellido* y son pobres el matrimonio es una gran solución : siempre encontrarán novia, porque en Chile como en España se da una gran importancia á los antepasados. Verdaderos enjambres de chiquillas lucidas y elegantes, vestidas en *Les Galeries Lafayette* ó por mejores sastres de Paris llenan las calles desde la mañana hasta la noche buscando *pololo* conveniente. Todos los Domingos se casan cuatro ó cinco de quince á veinte años. Esto, no puede negarse, es muy hermoso. La guerra del Pacífico, á que fuimos provocados por una coalición formidable, la ganó la tradicional familia chilena granada y numerosa, el mismísimo *futre* que se luce por la Alameda, á la cabeza de los *rotos* sanos del 79. Todo *futre* tiene novia desde la edad más tierna. Mis mejores recuerdos son de esa época, cuando esperaba á *mi chiquilla* en la puerta del Liceo de niñas ó la veía pasar con su toaleta vaporosa por la calle del Estado, en la plaza de armas ó en la Kermesse del cerro.... Nunca he vuelto á sentir esas miradas de fuego y sin vicio que

entusiasmaron á mi alma juvenil haciéndola concebir miles de esperanzas...

Hasta hace pocos años la gran sociedad chilena era un modelo de puritanismo : sencilla, hospitalaria, de caracter franco y entusiasta. El agricultor chileno, verdadero creador de nuestro carácter nacional, era vigoroso, sobrio, franco y de buen humor, amigo de la caza y madrugador, algo así como un *gentleman farmer* de Berkshire injertado en un hidalgo de Castilla. Pero la gran riqueza del nitrato, el descubrimiento de prodigiosas minas, todas las formas de la prosperidad monetaria, han traído un afán desmedido de lucro, tromba desmoralizadora que hace derrumbarse las más caras tradiciones. Poco á poco perdemos el nervio y las virtudes norales de nuestros abuelos; la energía pasada se encoge en nuestro espíritu gozador y pervertido de americanos decadentes, pero se siente que la llevamos como un gérmen pronto á desarrollarse otra vez, la llevamos como ciertas flores volanderas su semilla : « en un vestidito de bailarina. » El vigor ha rodado hasta la turbamulta de los pugistas que lo usan sin escrúpulos. El futre se degenera : aparte muy honrosas excepciones en familias patricias, que se mantienen heroicamente puras, los jóvenes de la clase alta viven de una manera flamante y ociosa : son

nidad de pega que sobrecoje al principio pero que al fin da risa. La distinción es simplemente distensión. Nadie habla; los novios se dicen una cantidad de cosas, gravemente, sin moverse. Se saluda copiosamente á diestra y siniestra, de esa manera aparatosa y cursi que se estila en América. Toda esa gente estudia las fisonomías de los que pasan, porque los saludos y las miradas son como un barómetro que marca el grado de situación social de cada uno en el momento. « Quitar el saludo » es una medida grave que se usa como ataque ó desprecio. Al cabo de unas vueltas alrededor de una laguna artificial, cuando todos se han saludado, el silencio y la inmovilidad de las figuras se hacen impresionantes. Se diría que el museo de Grevin<sup>1</sup> ha salido á pasear en coche. Oscurece, y de repente todos los carruajes arrancan en fuga vertiginosa hacia la pimpolleciente calle Dieciocho, iluminada y alegre, con sus balcones abiertos como grandes ojos curiosos. Las lenguas se desatan, los nervios descansan, pero no abandonan su gravedad las caras en ese claquear alegre de herraduras sobre el asfalto donde los focos rientes echan rayos dorados. Y más de alguna familia, mirando el rabo á sus yeguas de precio, piensa que no es ninguna diversión acostarse sin cenar.

1. Boulevard Montmartre, figuras de cera.

El  
museo  
de cera

Paseos como este acostumbran á la vida de exhibición, predisponen á las gentes á preocuparse de ínfimas fórmulas sociales que empequeñecen la vida. Se da gran importancia al asiento que se ocupa en el coche, á la forma del saludo, á la postura que se toma, á la manera de llevar el bastón y de levantar la cabeza. Una preocupación notable de esa gente es darse importancia : el que sabe darse importancia en tal sociedad puede volar muy alto, aunque no tenga ningún valor verdadero. Nadie aprecia las maneras simples y francas en esos torneos complicados de seres prendidos con mil alfileres por dentro y por fuera. Será por eso que un indo-mediterráneo, Ingenieros, escribió *El hombre mediocre*, señalando el peligro de ese parásito inevitable de nuestras sociedades.

Mirando fotografías de la sociedad paseadora en los periódicos de allá se advierte el estiramiento estudiado, la *pose* perpetua que los degenera. Ese modo de ser me pareció lo más natural hasta la edad de catorce, aunque me enervaba, pero ahora comprendo todo su vacío, su falsedad y su horror. Esas notas gráficas de la vida social en los ilustrados santiaguinos, especialmente las figuras de los muchachos aristócratas, ensimismados y pretenciosos, me hacen exclamar : ¡ Infelices, condenados á vegetar en

conocer todas las materias; discuten á gritos y sin miramientos de ninguna especie con las personas de edad; escriben artículos terremoto-tescos que los diarios publican porque hacen valer influencias.

Ninguna persona, por renombrada que sea, puede hacerse escuchar en los salones donde ellos presiden imponiéndose con sus vociferaciones y ademanes definitivos. Cuando á uno de estos majaderos le da por las lecturas lo más conveniente es alejarse de él para siempre. Añadiré como una cosa curiosa que la mayoría de estos pedantes americanos pretenden conocer á fondo la medicina y otras ciencias. Cuando algún problema de interés nacional cae en manos de esta turba podemos estar seguros de que nada se logrará poner en claro : la desviación del criterio público llega á su apogeo. Esto es lo que pretendo demostrar en un capítulo de mi novela *Esmeraldo*, cuando el protagonista cae en poder de la justicia chilena por un asunto sonado. Es, por cierto, un capítulo muy gracioso. Todo aquel que contribuye á hacer ingresar en la política á cualquiera de esos jovenzuelos es un criminal porque desde que penetran en el Congreso hasta que fallecen, la nación chilena tiene que llevarlos como grillos. Nada puede hacerse sin su venia; hasta la quinta generación sus descendientes se creen

con derecho á favores fiscales. La clave de nuestro increíble sistema de ministerios rotativos es principalmente la necesidad de satisfacerlos á todos por turno.

Pero el deseo de hacerse notar y de darse importancia es general: del *consciencious objector* de la política y del periodismo bajemos hasta el petimetre de la calle del Estado y del Portal. Los hay atildados de tal manera, compuestos con polvos y atrifinque, que uno se pregunta si será Carnaval. La ociosidad los hace idear mil fantasías en el vestir. En Lima, Santiago, Quito y Bogotá, el señorito de apellidos, de pie chico con empeine y ojos pestañudos, moderado para crecer, es coqueto como una dama. Nadie como él para poner una cosa muy desmayada en un álbum femenino. Los hay que hasta se visten como si representasen comedias de otra época, con sombrero y corbatín 1830, ó capas de mac-farlán; hacen dibujos con la barba y cabellera é imitan á los personajes célebres de Europa; los monóculos de vidrio ordinario son muy bien manipulados por esos don Juanes de pastelería. Ineptos por holgazanería y mal comprendido orgullo para desempeñar oficios ó establecer industrias, solo dos puertas se abren para ellos: la política y las letras. En ambas pueden sorprender al público, desorientado por la nulidad de la crítica y la jus-

ticia. Cualquier chisgarabis santiaguino es seudo literato y tiene amigos críticos que se ocupan gravemente de sus lucubraciones en los diarios más formales y de mayor tirada. Cuando publiqué mi primera novela en Santiago, pude notar que no había casi un muchacho decentito que no tuviese su obra escrita y guardada. El deseo de todos ellos de sentirse literatos, paseándose conmigo, estaba por encima del pudor social iletrado, herido profundamente por la clave espantosa que inventaron al librito para poder condenar sin riesgos mi radicalismo. (Lejos de mí la idea de defender ese insignificante ensayo — error de juventud. — Hago constar nada más la nobleza que me guió al hacerlo).

Me pareció en tal ocasión que todos eran críticos; cada uno me soltaba su fracesita bien madurada para espantar al corrillo: « Ha bebido usted toda la hermeneútica fisgona de Voltaire... » me dijo uno, cuya cara asustada y grave no podré olvidar; « He leído su libro, es medular, no está mal », me dijo otro, golpeándome el hombro con ademán protector. Todos publicarían algo dentro de poco. ¡ Qué tiempos !

Este estado de ánimo especialísimo no los abandona : en el extranjero como en casa continúan esa vida de *bluff*, de nervios forzados y perpetua farsa. En las grandes capitales de Europa sus de-

solemnidades musicales se efectúa un remate de llaves ó subasta pública de los palcos y butacas preferidas, que es un verdadero torneo para la gente adinerada. El público admirado no pierde una fase de esas operaciones que duran más de una semana y echa á correr por toda la ciudad las cifras más gordas que consigne el martillero. El tono supremo es abonarse por toda la temporada y dejar el palco vacío las más de las noches; llegar tarde para lucir una capa despampanante haciendo volverse á todo el mundo con un portazo es de lo más *chic*. Las ampolletas de la electricidad permanecían encendidas durante todo el curso de la función hasta hace muy poco; ahora se apagan algunas, para hacer creer que es lo mismo que en Europa, pero la sala no pierde un momento su carácter de escaparate *flamboyant*. Durante los entreactos las damas aparecen con esa actitud hierática que abandonan raras veces, imponentes y severas ante el bombardeo de miradas del mundo juvenil que se estaciona en los pasillos en masas compactas, lo mismo que por la mañana en la esquina de la calle Huérfanos. Inolvidable es le espectáculo de esas caras ávidas, llenas de polvos de arroz, emergiendo por todas las portezuelas, avizorando las localidades para descubrir á las novias que no se inmutan por nada. Todos creen

que sus menores movimientos y gestos son agudamente observados y obran en consecuencia. Si se mueven es pausadamente, con majestad estudiada; si hablan es para que los oigan, es decir que mienten de todas maneras.

Yo he conocido siempre en el bulevar, entre mil, á un chileno recién llegado de Santiago, por el gesto pavo de la boca, la mirada opaca y la pretensión al andar, que son la marca de la vida deprimente de perpetua exhibición. Son personas que se sonrojan por una nada : el menor incidente que las rebaja del rol de iconos sociales que pretenden imponerse las llena de turbación; se enervan y enmollecen; se acostumbran á vivir de una manera ficticia, aparentando cualquier cosa menos la realidad. Lo primero que les llama la atención en las calles de Europa es ver hombres bien vestidos, de sombrero hongo y camisa limpia, con canastas bajo el brazo, ó tirando carretelas. Ellos no se atreverían á llevar un paquete. Hay criados en América á los cuales es difícil encomendar ciertas faenas porque su vanidad se hiere. Por esto los franceses que llegan á nuestros países dicen de nosotros confidencialmente : *Ils ne sont pas braves...*

La mujer, educada en la misma forma, llega á grande con una noción falsa del mundo; cohibida en todo sentido no puede hacer juicios

sobre ninguna cosa. Su hablar revela cuan enorme es la depresión de su ánimo. El que la crea tonta ó sin temperamento por su sosería ó su escasa elocuencia se engaña, pero todas sus fuerzas interiores están amordazadas y esa tensión suele estallar en neurastenias ó agudas crisis nerviosas, cuando no escandalosamente. Señoras como la Belén de Sárraga, de gran fuerza cerebral, con empuje y desplante, son fenómenos para sociedades como la nuestra. La mujer chilena es antípoda de la elocuencia, lo mismo que el hombre, porque desde chiquitos se les acostumbra á esa vida artificial y aparatosa que aplasta los ímpetus naturales. Es una cosa que siempre nos llamará la atención á nosotros esa bella elocuencia natural, caliente y viril, de los españoles. A todos los medio indios melancólicos de hablar desmayado y brazos lacios aconsejaría yo un viaje á España. ¡ Cuánto gané yo en esa tierra! En Madrid comprendí dónde aprenden los españoles á ser elocuentes : ¡ en la calle, señores! Confundidos con la multitud, sin trajes de etiqueta ni polvos de arroz, á grito limpio con las porteras, los suplementeros y las verduleras!... Ahí adquieren esa destreza de rayo para comprender la intención del interlocutor y responder brillantemente. Por eso es que en Madrid los americanos del Sur no podemos sostener

conversaciones con las gollas, cosa que sentí muchísimo.

Yo me imagino cómo habrá sido esa niñez de Blasco Ibañez en Valencia, ó la de Soriano, ó la de Maura, ó la del mismísimo Vasquez de Mella... I no olvidemos que el niño español tiene á la criada retrechera y alegre, que canta, que ríe y que habla deliciosamente. La influencia de la criada en la niñez es enorme. ¿ Qué me dicen ustedes de nosotros, amamantados por indias cobrizas, impasibles y fieras como ídolos pasqueños, que se pasan las horas mirándonos como vaca ante el ferrocarril? Esto lo escribo refiriéndome principalmente á chilenos, bolivianos, mexicanos, colombianos, ecuatorianos, y centro-americanos. La chola peruana y la mulata brasilera tienen cierta gracia africana que me desconcierta; los uruguayos y los argentinos de algunas provincias han ganado enormemente con la emigración. Nosotros, los chilenos, ensimismados y orgullosos, defendidos de las emigraciones por el corvo del roto y la cordillera, vamos adquiriendo un tipo aparte que cierta dama de Lima, muy irónica, creía reconocer en cierto gesto de la boca y el corte de la barba. ¿ Tendrá razón? Debo contar que aquí á Paris ha llegado un compatriota, caballero muy señor mío con viñas en Aconcagua y bosques en el Sur,

que se trae señora propia, criada de Perquilauquén é hijos; los pobrecitos hablan de una manera quejumbrosa y lejana, como la *mama*, á la cual se parecen de una manera alarmante, á pesar de ser rubios y bonitos. En los paseos, donde los niñitos franceses juegan que da gusto, ellos observan muy emperifollados y seriecitos, como en Talca.

Un chileno no sabe ni echar un piropo con gracia porque la educación que recibe y las costumbres de su tierra lo hacen anti-gracioso y cachazudo, lo inclinan á la patochada. El ingenio en Chile es pesado, no hace reir sino á los chilenos. No hay nada más curioso que oír á un chileno gritando : « ¡ Olé, que viva su mare ! » Es como ver aparecer una castañuela en la boca de una ametralladora. El gracioso santiaguino deja frío á todo el que no sea santiaguino. Es una gracia como las empanadas : la encuentra buena el que nació comiéndola. Recuerdo á uno de esos graciosos oficiales lanzándome un gran vaso de coctel en la pechera... ¡ Cuántas cosas divertidas quiso decir el pobre que no le vinieron á la mente !

Chile no podrá tener una Aspasia, ni una Salonina, ni una Juana de Arco. Es muy difícil que una dama llegue á tener verdadero prestigio social : las otras se sentirían heridas por su

ración que se sublevó sigue fiel á su obra : la creación de la irresponsabilidad gubernamental, ó sea, la entrega del poder á la anarquía. Pero nosotros tenemos el deber de pensar de otra manera y de hacer si es posible lo contrario... Nosotros que estábamos chiquitos cuando nuestra madre nos puso una cinta roja, muy planchadita, en el brazo. ¡ Qué de energías gastadas en vano! ¡ Cuánta sangre derramada para caer en el caos actual! A mí me gustaría botar el agua de rosas con que allá les gusta que se escriba para decir estas cosas con chacolí purito, en buen chileno. Nuestra vida política se hizo polvo; el volcán del 91 destruyó la montaña haciéndola miles de pedacitos, de parlamentitos : el gobierno cayó de la mano firme, experta y responsable, para ir á todas partes, á la irresponsabilidad. Y así nos gusta vivir, porque todos vemos posibilidad de ser parlamentito, cuando el poder en un hombre llevaría á cada uno á su ocupación, lavando al país de la politiquería mortífera, llenando miles de vacíos en el comercio y la industria. Lo raro es que Chile viva y se mueva aún, tras veinte años de estas costumbres; pero es vida ficticia, son movimientos galvánicos. Esos países de América tienen vitalidad tanta que saltan y corcovean después de partidos por mitad como las lagartijas.

mej. 21. 1891

Conclusión : en toda la historia chilena el rol de la marina de guerra ha sido esencial. Es preciso impulsar la creación de una fuerte marina mercante, que es su complemento, que contribuyó en la forma de transportes á hacer efectivos nuestros triunfos. En Chile, que tiene « cien millas por la más ancho tomado », como dice Ercilla, todo movimiento revolucionario durará poco : triunfará siempre el bando que cuente con el dominio del mar. Los buques pueden apoderarse del tesoro del Norte, base de crédito ahora, cortar los rieles, aislar, bloquear y dominar cualquier ejército en cualquiera parte del territorio que se encuentre. Chile puede hacerse inexpugnable, como el Japon é Inglaterra, aprovechando su situación marítima.

Debo terminar diciendo que es una necesidad mantener esa fuerza sana y ágil, organizada y exenta de toda influencia malsana para que, llegado el momento, sirva á la justicia contra la anarquía, el desorden ó las amenazas del exterior.

La apatía, variedad del ocio; la riqueza de golpe ; la falta de entusiasmo y ambiciones colectivas nos hacen desentendernos de este asunto. Es menester que hagamos entre nosotros, en vez de despedazarnos en estúpida y mezquina guerrilla, ese pacto fraternal que da capacidad para obrar, sin el cual la grandeza de un país es impo-

furor del entonces semi-dios policial, respetado y utilizado por nuestros dirigentes. Más tarde pensé publicar la primera parte de esa novela, cuando la opinión chilena empezaba á conocer la venalidad y la corrupción de sus esbirros; pero finalmente sacrifiqué la oportunidad en aras de otras cualidades que estimo mejor.

Quizás, sin que yo me lo sepa, tendrá esa obra de observación, llena de visiones de mi juventud, otras novedades tremendas para mis compatriotas.

A los policías, como á Etelvina, Catita, la Choca, el Pescante y Violeta, todos esos actores tragicómicos de mi historia, los he visto yo, y me parece verlos aún cuando pienso en esa calle terrosa donde Esmeraldo juega con una rata podrida, tirándola de un cordelito, ante los ojos cínicos del *Harnero*..... Y la casa contrahecha, La Gloria, me parece verla, convulsa, trepidante por los trenes que pasan y los chasquidos de tos seca de la niña de la vida agarrada por la tuberculosis. La calle Borja, la estación central, el prostíbulo del roto, ese barrio jorobado y hediondo me interesaron, porque presentí al hombre providencial de Chile, elevándose de tanta murgre é ignominia en un vaho de estiércol y bodrio como el genio doloroso de mi raza. Son imágenes que no puedo olvidar; dulces algunas, truculen-

## EL HIJO DE UNA TOCADORA

Esmeraldo, título escogido para esta historia, es el nombre propio del héroe de ella, que así le pusieron sus padres, inspirados en hecho casual como veremos más adelante. En los registros bautismales de la vieja San Borja aparecía inscrito : Lautaro, Jesús, Esmeraldo, Rojas Laguardia. Era hijo legítimo de Lautaro Rojas Llanahue y de Clorinda Laguardia Lastres. Por la parte del padre, como puede adivinarse por el apellido Llanahue, tenía sangre india, de Arauco; la madre, cosa rara entre plebeyos de Chile, era de origen español puro, con antepasados vascos y asturianos.

Nació en la calle Borja, á una cuadra escasa de la Estación Central, en una casa de adobes, vieja y destartalada, colindante á un prostíbulo de ínfima clase, llamado *La Gloria*.

La calle era ancha y sucia, abandonada por

lezas fustigadas por el calor de las fraguas y calderas.

Por todos lados se advertía el afán por apagar esa sed inextinguible que provoca el febril ajetreo de las fábricas; cantinas veíanse anexas á los prostíbulos en todas las calles; las muchachas, gordas, descaradas, se volvían para mirar á los hombres, incitándolos con sus ojos cínicos. Encima de las puertas, ó en los balcones, veíanse anuncios sugestivos : *Piezas ; se arrienda cuartos ; se recibe pensionistas...* Tan solo de mirar las angostas escaleras, grasientas, llenas de polvo, se adivinaban los camastros estrechos, sucios ; las ropas plagadas de manchas sospechosas, y los parásitos y bichos nocturnos espian-do el sueño pesado de la carne proletaria rendida por el esfuerzo.

Era un arrabal bravío y salvaje que se despe- rezaba al són de los pitazos de las locomotoras ó de las fábricas y que se agitaba en el día al soplo de una vida sórdida y miserable. Por las noches lo arrullaban toques de vihuela y rumores de baile primitivo, con tamboreo y gritos destem- plados por el alcohol.

Desde el Sábado al atardecer y todo el día Domingo era osado aventurarse por esos contor- nos donde planaba la influencia asesina del licor. Todos los obreros pagaban tributo á Baco, obede-

ciendo un salvaje atavismo que los llamaba con fuerza ciega y abrumadora. Por todos lados se percibía el rumor de la orgía degradante, que arrancaba hombres y mujeres de esos hogares sórdidos donde se revolcaban los chicos harapientos en la cazcarria y la roña, abandonados á su propia suerte.

Por las casas de préstamos de tercer orden, esas ferias piojentas de los barrios bajos santiaguinos, había aglomeración de mujeres lamentables que empeñaban zapatos, faldas, hasta colchones, para dar un mendrugo á la prole que chillaba en la mugre de la covacha. Cuando las luces del alba clareaban esa visión dantesca de barrio mísero, donde moría un rumor vinoso de orgía inmundada, los policías empezaban á descubrir, entre los montones de estiércol y los aduquines dispersos, hombres destripados, caídos aquí y allá en un estertor de agonía aguardentosa, sin chaqueta ni zapatos, en el charco de sangre que se convertía en barro.

La casa en que saludó á la luz Esmeraldo con el primer quejido de su cuerpecito enclenque era pobrísima, con esa pobreza vergonzosa de los hogares plebeyos de Chile. Pasaba por ahí hedionda acequia sobre la cual voloteaba un enjambre de zancudos; por las noches corrían á sus bordes imponentes ratones que hacían frente

---

sin miedo á los escuálidos gatos del barrio.

Nació el veintiuno de Mayo, cuando la ciudad celebraba con gallardetes, banderas y fuegos de artificio el gran día; por eso le pusieron Esmeraldo : forma masculina del nombre de la nave vieja que se hundió en rada enemiga, rota y sangrienta, pero agresiva hasta el último, con el tricolor clavado en el palo de mesana. Como se ve, la decisión de sus progenitores en el bautisterio obedeció á una causa superior : la coincidencia de su nacimiento con el glorioso aniversario (¿Tendrá el Inefable cierta manera para señalar la aparición de sus agentes predilectos ó seres providenciales?) Dos años después, el día de Santa Brígida, dió á luz Clorinda una niñita á la cual pusieron Violeta, á pesar del Almanaque, después de un consejo tenido en el patio de la mancebía en el cual triunfó el gusto de Etelvina, niña de la vida que se pirraba por ese nombre de señoritas de espaldas y perrillas con capa.

Esmeraldo y Violeta; dos pobrecitos que el destino, en sus designios inescrutables, amarraba á los tabiques del vicio mísero; condenados á sufrir desde la cuna la influencia nefasta de *La Gloria!*...

La madre de este par de fatalidades era tocadora del prostíbulo, oficio muy solicitado entre la gente pobre de piano ó vihuela. Le daban

cinco pesos por día y comida suficiente para ella y los suyos; liaba también cigarrillos y lavaba las ropas, ganando así otros sesenta pesos todos los meses, lo cual significaba para un hogar plebeyo tanta holgura que su hombre había abandonado el oficio de albañil.

Cuando llegó al mundo Esmeraldo era lo antedicho pretexto para rencillas, pero, poco á poco, la mujer se iba amoldando á esa situación que la relegaba al nivel de las niñas *con lacho*, lo cual en buenas cuentas no era motivo para espantar á una *tocadora*.

Era la mujer robusta, entrada en carnes sin exageración, con esa lozanía lustrosa y morena de las hembras de Chile. Sus pestañas, recias y negrísimas como sus cabellos, parecían cerrar los párpados bajo su peso. Su cuello, liso y bien torneado, hacía destacarse netamente el nacimiento de la cabellera, que arrancaba llena de vigor en remolinos de azabache. Cuando hacía calor despedía su carne un vago olorcillo de salud y se advertía dentro de ella el flujo impetuoso de la sangre ardiente y generosa. Entre las mancebas de *La Gloria* tenía gran prestigio porque, además de cantar, sabía leer y, durante el día, en tanto se peinaban en el patio empedrado, las imponía de los crímenes sensacionales, narrándoles de cabo á rabo los hechos de policía

de « El Ilustrado » ó algún folletín para pinches de cocina, que eran la especialidad de « El Chileno ». También sabía descifrar los sueños, lo cual colmaba la medida de sus seducciones.

— ¡Que *la Julia* soñó anoche con un gato!...

Clorinda ponía el grito en el cielo : — ¡ Ay, Dios mío!... ¡ Un gato!... ¡ Traición!! Cada una de estas sentencias desataba esas lenguas supersticiosas y espesas, llenas de sobresaltos primitivos y groseros.

Era una vida monótona y ociosa la que llevaban esas predestinadas del hospital y de la Morgue ; todo era para ellas motivo de entretenimiento, de comentarios picantes. Supersticiosas, fatalistas, la vida les aparecía como una cosa pasajera, llena de lo sobrenatural ; preñada de imprevistos ; una encadenación singular de cosas fantásticas, alzándose siempre el mañana como una gran interrogación cuya respuesta sería un acontecimiento maravilloso. Del mundo positivo, de la vida exterior, les llegaba sólo un eco vago, lejano. De la religión las seducía el lado sobrenatural : el Hombre extraordinario que había pasado por el mundo perdonando personas parecidas á ellas : ladrones ó adúlteras... La Semana Santa guardábanla con mayor recogimiento que las beatas : á nadie se entregaban durante esos días que sólo debían á Dios. Esta absurda mentalidad

Laura, en el último grado de la tisis, admitida casi por compasión, sabía que una abuela suya era rica, con chacara en Yungai; recordaba haber « andado en tren » hacía muchos años, pero no conocía á su familia é ignoraba su edad. Era franca y apasionada, flaca como una galga; tenía los ojos negros, llenos de expresión y de fuego. Cuando se armaba alguna gresca en el prostíbulo, sin averiguar quién tenía la razón, defendía á sus amigas á bofetadas.

Etelvina era la más gruesa de todas; se complacía en medirse las caderas con la huincha de un carpintero, amigo suyo, y anunciaba la cifra alarmante con gran orgullo. Silenciosa, pesada, contaba cuentos á los chicos de Clorinda y terminaba abrazándolos con una furia besucona y bulliciosa. Julia, la bonita de la casa; desde las cuatro de la tarde empezaba á « ocuparse » sin descanso. Vivía en el mismo cuarto de Etelvina, que manifestaba por ella una amistad violenta y extraña. Cuando no había parroquianos se acostaban juntas, diciéndose mil zalamerías.

Las otras tres : Rosalinda, Catita y *la Choca*, eran seres nebulosos, sin personalidad : penden-cieras, borrachas y ladronas. Vivían en el mismo cuarto, que estaba constantemente lleno de por-quería y hediondo como un establo, armando grescas constantes.

El único ser verdaderamente femenino de toda la casa era Clorinda. Tenía cierta gracia melancólica para cantar; sus ojos límpidos y sus dientes albos, de animal sano, vigoroso, descubiertos amenudo por una sonrisa fresca, denotaban la hembra fecunda y dócil, amante y limpia. Los que la conocieran intimamente, antes que casara, sabían mucho más... Era una hembra pulpo, provocadora de esos deleites furiosos, inolvidables, en los cuales los seres parecen querer penetrarse por todos los poros, identificarse por el goce supremo. Todo esto la hacía apetecible y simpática en ese prostíbulo donde los machos llegaban con las narices dilatadas, como potros en celo. Más que todo los turbaba su serena indiferencia cuando, ante el piano, se destacaban las curvas de su cuerpo modeladas en su blusa limpia de lavandera, y su voz cálida, lánguida como un llamado de los campos, se esparcía por el salón rojo con emanaciones de obreros sucios y tabaco barato. Pero ella rechazaba todos los avances con esa altanería despreciativa, salvaje y fiera, que es el honor de la hembra popular.

Se entraba al prostíbulo por una mampara iluminada en las noches con un gran farol de latón que traía una reminiscencia de los tiempos coloniales. Inmediatamente seguía un pasadizo, y más adentro estaba el patio, rodeado de piezas,

— corazón del lupanar. — Además de las prostitutas, vivían ahí la criada y la patrona. En cada habitación había tres ó cuatro lechos, separados unos de otros por cortinas corredizas colocadas sobre cordeles que cruzaban de una á otra pared; en los lavatorios — dónde los había — veíanse flores de papel, cajitas redondas de polvos *de Kananga*; otras más pequeñas de crema de almendras y algunos frasquitos con medicamentos de raro aspecto, recetados por las *meicas* del vecindario. Las puertas en toda la casa no tenían chapas, ni perillas, y todas las ventanas, excepto algunas de las que daban á la calle, estaban desprovistas de vidrios, sustituyendo á estos pedazos de diarios, ó grandes cartelones con retratos de hombres públicos. Un enorme balde de latón, colocado en un extremo del patio, a la intemperie y en un sitio bastante visible, hacía las veces de retrete.

Algunas mujeres tenían velas encendidas, bajo las imágenes de la vírjen del Carmen ó de San Antonio; por todas las paredes advertíase un tole-tole característico de fotgrabados; imágenes; recortes de periódicos; anuncios en colores de específicos famosos; viejos retratos desteñidos; abanicos sucios, con exuberantes escenas bucólicas ó marinas. Al lado de cada lecho había cajones pintados, ó sillas, ó aún frágiles mesitas

ellas no eran calculadoras, ni conocían el valor del dinero que les pasaban por un revolcón, pagaban sus caprichos desmedidos con la libertad. Además (lo decimos aparte por lo insólito) creían de mal tono pedir rebaja : pretendían demostrar superioridad pagando largamente y sin discutir. Estas generosidades famosas de la raza, que también manifestaban los hombres en otra forma, atraía al país un enjambre de proxenetas extranjeros.

El salón era lo más hermoso de toda la casa : ancho, grande, alfombrado de rojo y empapelado de verde, con gran espejo, piano y sillas poltronas, tapizadas del mismo color de la alfombra. En el testero principal veíase una oleografía llamativa de la familia real italiana y en los laterales otras estampas en colores y de grandes dimensiones representaban escenas polares : una caza de osos blancos en el Mar del Norte y un barco de pescadores surcando un mar plagado de témpanos, bajo los rayos rojizos del Sol de Media Noche.

En la puerta de una de las habitaciones parlotaba constantemente un loro, agarrado de una argolla de latón ; bajo él se acumulaban residuos de comida que atraían enjambres de moscas. Ya había aprendido á reirse estrepitosamente como las mujercuelas y algunas veces se le oía exclamar,

muy serio, con la voz aflautada : ¡ Llegaron los milicos! ó ¡ Está el almuerzo!

Exclamaciones de prostíbulo que marcaban la monotonía cotidiana de las horas iguales, lamentablemente vacías á pesar del bullicio y del desorden. Las desgraciadas lo estimaban más que á sí mismas ; en sus ratos de ocio, « que eran los más del año, » le pasaban migas de pan empapadas en vino ó aguardiente y se desternillaban de risa viéndolo desatar el pico en un parloteo incomprendible.

La habitación de la patrona era especialmente digna de comentarios : una especie de bazar oriental con colgaduras de todos colores ; una policromía de objetos y de adornos que delataba el gusto macarronesco propio á esa calle Borja : enseres, ornamentos y prendas disparatadas, adquiridas aquí y allá, en las casas de préstamos ó en los *bric á brac* ; muebles dorados ; sillas góticas con patas imperio ; « un nacimiento ; » un juego de ajedrez, todo de marfil ; un santo quiteño, vestido como una muñeca, con collar de perlas y sombrero de plumas ; una vaca de cartón piedra, que meneaba la cabeza ; un « alpenstock ; » un antejo de teatro, sin uso ; un busto de yeso, representando á Balmaceda, con la banda tricolor en el pecho.

Sobre la mesa un gato empajado dominaba el